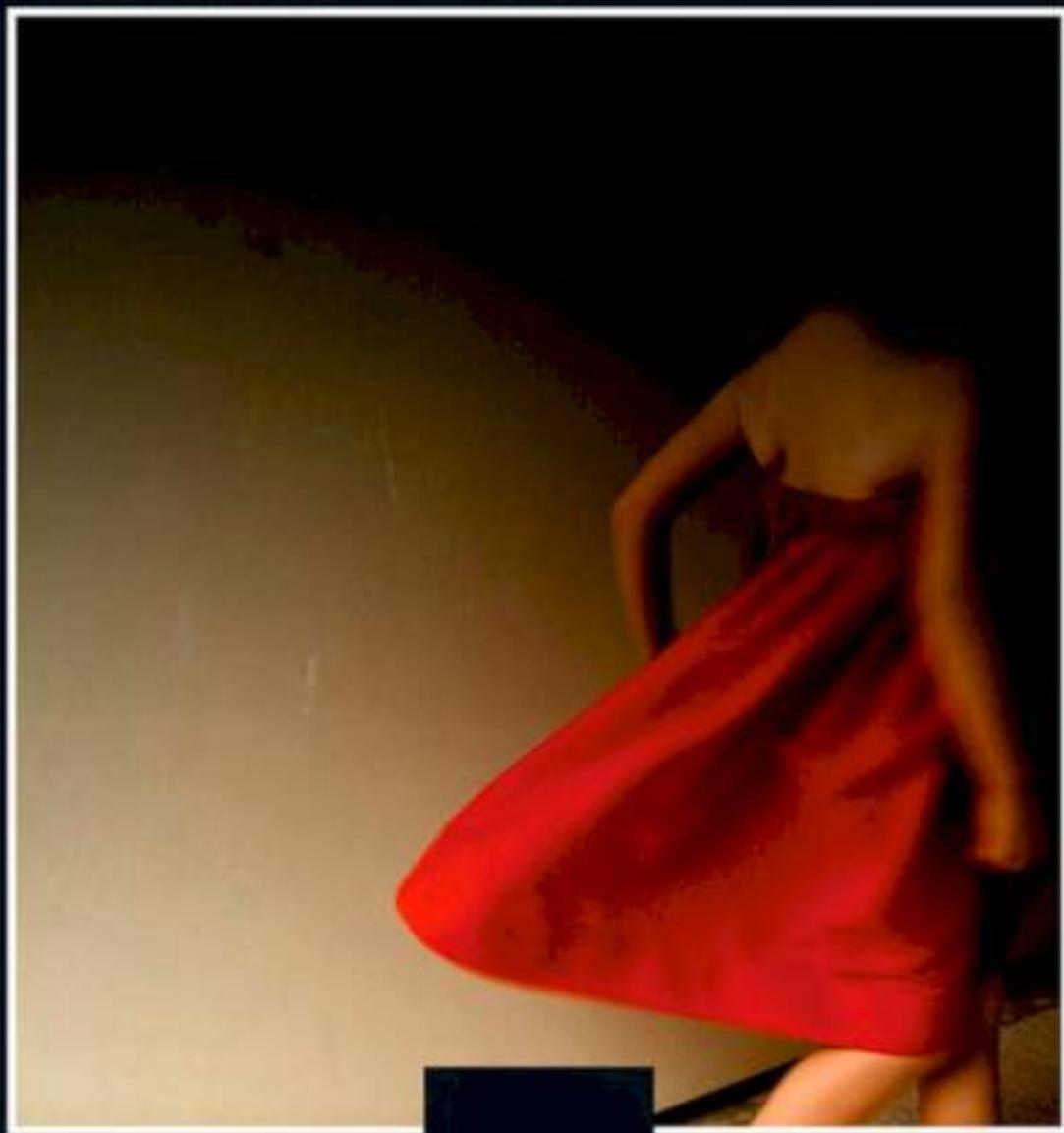


Edgardo Cozarinsky
TURNO NOCHE



Mientras Lucía viaja a Buenos Aires atravesando la vastedad de la geografía argentina, recuerda su infancia en un pueblo de provincias, su colegio de pago en el que ella era la niña pobre... Un día a Lucía le picó una araña venenosa. Sus amigas consiguieron llevarla hasta una curandera que, además de salvarle la vida, le lanzó un terrible sortilegio. Al cumplir los dieciocho años, Lucía deja el pueblo para marcharse a la gran ciudad y allí conoce a Pedro, un periodista de tercera que se enamora de ella. Pero Lucía no tarda mucho en abandonarlo y desaparecer sin dejar rastro.

TURNO NOCHE

Edgardo Cozarinsky

1

A través del vidrio sucio de la ventanilla del micro miraba sin ver la tierra colorada que años más tarde iba a recordar con nostalgia.

La lejana capital era su meta, menos un lugar en el mapa que el escenario de su futuro, un futuro imprevisible, anécdotas y personajes alimentados por la televisión: meses antes había descartado el blanco y negro para adoptar los colores chillones y las luces aplastantes que hacían máscara de todo rostro maquillado. Con el prestigio de la distancia, sus módicas ficciones distraían el letargo de una provincia lejana, poco inquieta por las proclamas del gobierno militar.

Con la edad, la distancia iba a trabajar en el sentido opuesto. También iba a recuperar con emoción distintos colores, distintas formas de hojas que ahora, tras el vidrio sucio que las rozaba, no retenían su mirada, las de la araucaria y el aguaribay. Aun el nombre indígena de un árbol ya olvidado: rabo itá. Y el calor húmedo que la noche no aliviaba.

Atrás quedaban tantas cosas que, había decidido, ya eran su pasado.

Encontró a su padre tirado en el fondo de una zanja. Trataba de mover los brazos, parecían no responderle, amagaban gestos sin sentido; las piernas, en cambio, se mantenían inmóviles, separadas y dobladas en ángulos grotescos, tal vez rotas. Le recordó el dibujo de un arlequín multicolor

en el libro de lectura de la primaria. Los ojos, en cambio, estaban vivos y cuando se cruzaron con los de ella y la reconocieron y advirtieron la intensidad en la mirada de la hija se iluminaron con un llamado mudo. La boca se abría y cerraba pero de ella no salían sonidos, a lo sumo un hilo de baba amarilla, resto del vómito con olor a cerveza que le cubría el pecho. Se había hecho noche y el paso de algún camión con los faros encendidos barría esa imagen con un rápido golpe de luz. De lejos llegaba una música de acordeón, debía haber fiesta y se bailaba el chamamé, cada tanto un *sapucay* perforaba el silencio y perros invisibles le respondían.

Ella se quedó mirando a ese hombre quebrado, indefenso. No le costó limpiar su mirada de toda expresión. En la furia, en cambio, que encendía la mirada del padre, en las muecas de su boca, había un pedido, y porque lo entendía ella le clavaba su propia mirada impávida, cuidando que no trasluciera piedad ni rencor. Fue perdiendo la noción del tiempo, la indiferencia le costaba cada vez menos, llegó a mantener sin esfuerzo esa mirada vacía, ausente: la de una memoria donde yacían congelados años de miedo transformados gradualmente en odio.

En algún momento, el padre, vencido, cerró los ojos. Ella prestó atención, podía oír su respiración menguante. Entendió que no había muerto. Tal vez dentro de unas horas o a la mañana siguiente.

Ya anochece cuando la madre le había pedido que fuera a buscarlo. Hacía un buen rato que había pasado la hora del regreso cotidiano y temía que al salir de la fábrica se hubiese enfrascado en una pelea de bar. Había ocurrido con frecuencia en otra época.

Esa noche al volver, la hija solo anunció:

—Hice dos veces el camino desde la fábrica y pregunté en dos boliches. En uno me dijeron que había estado allí y ya hacía mucho que se había ido.

El micro se detuvo con un sacudón en una parada cuyo nombre no llegó a ver. Apenas despierta de un sueño entrecortado por el traqueteo del vehículo, vio que ya era de noche y pensó que tal vez se estuvieran acercando a la capital. Una vecina la desilusionó: estaban en Corrientes. No habría dormido más de una hora y le pareció poco para el aluvión de imágenes, vértigo de recuerdos y miedos atropellados bajo sus párpados vencidos.

La vecina, una chaqueña arrugada y sonriente, la convidó con un caramelo de dulce de leche.

—La va a ayudar a descansar, m'hijita. Se la ve preocupada.

Muchas tardes, al salir del colegio, tres alumnas no tomaban el transporte escolar que depositaba a cada niña en su casa. Preferían quedarse de a pie, sin revelar adónde irían. El colegio de Nuestra Señora de Czestochowa, la virgen negra, era caro, y las alumnas cuyas familias podían pagarlo no escatimaban burlas a las compañeras que llamaban «becadas».

—No se hagan rogar las becasas... Cuando la última de las nuestras haya llegado a su casa, quédense quietitas en el ómnibus que las llevará hasta sus barrios por más lejos que sea. ¡Así de grande es la caridad cristiana!

Pero las tres habían aprendido muy pronto a hacer oídos sordos a esas hijas de yerbateros, de dueños de aserraderos y tabacales, incluso a la más pérfida, la hija del administrador de una fábrica de pasta de celulosa. Las amigas tomaban la avenida San Martín hacia la estación de tren. A ninguna le interesaba cruzar el arroyo lindero con la estación.

La orilla opuesta del arroyo, es cierto, ya era otra provincia, no Misiones, sino Corrientes, pero el poblado visible no

prometía nada desconocido. Llevaba el nombre del fundador alemán, Colonia Liebig, y también era asentamiento de muchos ucranianos y polacos. Para algo pintoresco tenían la estación, la más antigua de la provincia: la habían llamado El Gran Capitán y la fecha 1909 seguía visible, grabada en los materiales traídos directamente de Inglaterra.

Seis décadas más tarde ellas saben que no verán bajar señoras elegantes ni viajeros extranjeros. Esperan la llegada de los camiones que tres veces por semana depositan en el andén cajones de limones y naranjas. Quedan a la espera de vagones de carga, polvorientos, chirriantes. Los cajones están protegidos por una delgada hoja de papel sintético perforado para que el contenido respire, pegado a los lados para asegurarlo; a veces, sin embargo, una punta de ese papel se despega y algunas frutas ruedan por el andén cuando levantan el cajón para cargarlo en el tren. Es el momento esperado por las tres amigas, se lanzan a recogerlas bajo la mirada severa pero también divertida, cómplice, del capataz que supervisa el cargamento.

Nunca hubo disputas entre ellas. Se repartían equitativamente el botín, dos limones por cada naranja, y cuando el saqueo del día no lo permitía, la mejor dotada abría crédito a las otras para la vez siguiente.

La virgen había sido blanca, bien polaca, repite la Madre Superiora. Si ahora era negra es porque había absorbido «como un mártir» los pecados de quienes se habían confesado ante ella.

Una pausa, recorriendo con la mirada a todas las alumnas sentadas ante ella, como si pudiese verificar que entienden la importancia de lo que ha dicho.

La imagen es santa, continúa, porque sobrevivió gracias a la devoción de sus fieles. Los herejes checos intentaron borrarla, los católicos polacos la volvieron a pintar sobre la

madera original, madera sagrada, mesa de la casa de la Sagrada Familia.

Fechas, guerras, símbolos... Lista de revestimientos, oro y ámbar... Ritual del cambio de vestido acompañado por letanías...

La voz de la Madre Superiora recita informaciones aprendidas de memoria, automáticamente. Por momentos pareciera no entender del todo lo que dice, como si la repetición hubiese ido borrando el sentido de las palabras. La atención de las pupilas divaga, la oyen sin escucharla, miradas fijas en un hilo de transpiración que baja de las sienas a las comisuras de los labios delgadísimos de la religiosa, y ella no seca. Cuando vuelven a la imagen sacra, acaso distraídas por pensamientos profanos, no prestan atención a las palabras de la Madre Superiora que les señalan la mano derecha del Niño, extendida para bendecir, y la izquierda, que muestra los evangelios.

Más tarde, ella le pregunta a su madre si esa imagen puede ser sagrada. La virgen negra está en un monasterio en medio de la nieve, en Polonia. Esta reproducción, no sabe si fotografía o calco, ¿trasmite a Dios las plegarias que recibe? ¿Puede dispensar protección?

La madre vacila, tartamudea.

—Es tarde, en cualquier momento vuelve a casa tu padre. Que no te oiga haciendo esas preguntas.

Las preguntas, aprendió de muy chica, se las tiene que guardar.

La hija evita estar en la casa cuando el padre vuelve de la fábrica. Toda excusa es buena, y la madre la acepta con tal de saberla lejos: que se quedó en casa de una compañera ayudándola con la tarea, que la hermana Jadwiga le pidió que pusiera orden en la despensa del colegio, cualquier pretexto con tal de evitar que la hija asista al momento en que el padre, silencioso, se quita los zapatos, estira

los pies como para recuperar movimiento tras un calambre, flexiona los dedos deformes y le pide a su mujer que se los masajee. La madre obedece. Uno, dos minutos más tarde, sin interrumpir el masaje, cae el primer golpe. La hija puede estar en la calle, a media cuadra de la puerta de casa, pero lo oye con la precisión de su memoria tatuada. Otro golpe. Varios más. Una pausa.

—¿Qué se dice? —La voz del padre, sin inflexión, serena.

—Gracias... —murmura la madre, apenas un rastro de sollozo contenido en la voz.

Una sola vez se atrevió a preguntarle a su madre. Su pregunta no tuvo otra respuesta que «de grande vas a entender». Lo que entendió en ese momento fue que necesitaba inventar mentiras para no estar en casa a la hora en que vuelve el padre. Y que no le interesaba lo que la edad adulta le permitiría entender: la sumisión conyugal, la atroz monotonía doméstica.

A menudo trata de imaginar el futuro. Su futuro. Ha ido a la estación de ómnibus para averiguar cuánto cuesta un pasaje a Buenos Aires. Sabe que apenas cumpla dieciocho años ya podrá viajar sola, sin autorización de sus padres. No tiene en cambio a quién preguntarle cuánto cuesta un cuarto de pensión.

(Años más tarde medirá con una sonrisa melancólica el tiempo transcurrido, los cambios en las costumbres, al recordar aquellos años en que en la capital había pensiones; aún no habían ascendido, sin renunciar a las manchas de humedad del empapelado ni a las sábanas remendadas, al rubro de hotel familiar).

Estas búsquedas, que agotan su elemental sentido práctico, ya anuncian otra vida, que algún día no lejano será la suya.

El resto es difuso, fotografías fuera de foco, visiones fugitivas. Allí no aparecen figuras de hombres. Aprendió temprano la desconfianza, demasiadas chinitas embarazadas que su madre despreciaba, como si el deseo adolescente fuera estigma exclusivo del indígena. También entendió pronto, observando a su alrededor matrimonios sin alegría, que muchas mujeres elegían esperar, aun sabiendo que corrían peligro de equivocarse, al hombre mayor que pudiese ofrecerles seguridad, días tras días sin riesgo, una vida empantanada en la subsistencia matrimonial.

Los galanes románticos de la televisión nunca conmovieron su libido, aún no puesta a prueba más allá de la mano que antes de dormir, en la oscuridad, trabaja entre sus piernas. Es un mero alivio. Ninguna imagen mental lo exalta.

En el sopor interminable de la siesta cotidiana, ya de muy niña estaba segura de que buscaría abandonar todo lo que la rodeaba. Adolescente, solo aspira a algo distinto, indefinido, siempre cambiante en su imaginación, pura promesa sin nombre. Se siente invulnerable a todo peligro. Está convencida de que algo distinto solo puede ser mejor.

En el micro mira las caras de los demás pasajeros. Ninguno es tan blanco como ella. Morochos todos, guaraníes, chaqueños, sangre mezclada, descendientes de poblaciones originales que el español contaminó en distinto grado sin lograr vencer. La virgen tiene la piel negra, piensa, pero como si la hubiesen dejado expuesta al humo de una fogata, como manchada de hollín; sus rasgos escuetos, descarnados, no son los de esta gente, pulposa como flores de ceibo, entre la que ella, tan blanca, nació y creció. Cien años de asentamiento, sabe que no debe decir colonización, de germanos y eslavos, gente que se mata trabajando, organizando, dirigiendo. Los otros, los oscuros, los miran en silencio, pertenecen a una naturaleza sin edad. A esa naturaleza

—de pronto lo siente como una verdad inapelable— pertenecen todos los demás pasajeros que la rodean.

Pocas semanas antes, había estado haciendo tiempo para dejar pasar el momento en que el padre vuelve de la fábrica. Caminaba sin rumbo por el centro de la ciudad, sin dinero para acceder a sus modestas atracciones.

Se detuvo ante una librería donde vio gente sentada escuchando a un orador. En la vidriera, un pequeño afiche anunciaba la conferencia del doctor Alves Mendonça sobre las vírgenes negras. El movimiento de las aspas de un ventilador de techo, promesa de alivio para el calor de noviembre, la decidió. Después de dudar un momento, entró y se quedó de pie cerca de la puerta, tímidamente, sin animarse a sentarse entre ese público adulto: parecían profesores, en todo caso personas que leen, gente ajena a su mundo.

El profesor es un hombre de edad, atildado, que habla con voz rasposa y respiración entrecortada.

—Las vírgenes negras son sobrevivientes del paganismo, un paganismo disimulado, escondido, travestido bajo el catolicismo. Aparecieron en la Edad Media, en pleno triunfo y dominación de la Iglesia. Notemos que surgieron en todo el entorno del Mediterráneo, es decir donde con más fuerza habían resistido las raíces del politeísmo proscripito, raíces enterradas pero no muertas. De allí emigraron al resto de Europa, aun al extremo norte. A todo lugar donde se rinde culto a la madre tierra.

Se detiene y se pasa por la frente el pañuelo de color que asomaba del bolsillo superior del saco.

—Pero mucho antes del triunfo del cristianismo, hubo divinidades de la antigüedad que solían ser representadas como negras, en Grecia, en Egipto, sobre todo Ceres, diosa romana de la fertilidad. No es casual. Recordémoslo: el suelo más fértil, el mejor para la agricultura, es el negro. En

el norte del Egeo, los místicos adoraban a una divinidad negra, la Madre-Noche, diosa del orden y la sabiduría.

Ella escucha con atención inesperada estas palabras. Le descubren algo, intuye, que la Madre Superiora no aprobaría, y esto la entusiasma y también la asusta un poco. Mira la calle a través de la vidriera. Teme que pase alguien del colegio, alguna de las monjas, y la vea enterándose de lo que no debería saber.

—La famosa estatua de la Virgen Negra de Guadalupe en México fue un recurso de los españoles para atraer a los indígenas de tez oscura a la fe importada. Nuestros pueblos vecinos rinden culto a vírgenes morenas. Nuestra Señora de Copacabana, en la frontera de Perú con Bolivia, a orillas del Titicaca. Nossa Senhora Aparecida, santa patrona de Brasil. Y en Chile, en Andacollo, la virgen morena de los mineros.

El orador sonrío. Busca establecer una complicidad con el público. Ella lo escucha fascinada, como siempre lo será ante lo prohibido.

—Nosotros no hemos necesitado este camuflaje eclesiástico. En todo el noroeste argentino, del primero al quince de agosto se rinde culto a la Pachamama, la madre tierra que veneraban quechuas y aimarás. En Jujuy, por ejemplo, se cava un hoyo y se da de comer a la madre tierra.

Otra pausa. La mirada anuncia algo importante, tal vez solo la conclusión de su conferencia.

—Les dejo un enigma. Por qué en esas tierras heredadas del Imperio incaico se bebe el primero de agosto la «vacuna del pobre», la caña con ruda que protege de todos los males del invierno... y la caña con ruda no es de origen andino, sino guaraní...

Un breve silencio antes del aplauso. El orador sonrío satisfecho. Parte del público se le acerca, apretones de manos, algún abrazo. Es un espectáculo inédito para ella. Hubiese querido hacerle alguna pregunta al profesor, pero lo ve rodeado, inabordable. Espera unos minutos antes de

salir a la calle anochecida y emprender el camino hacia su casa, donde sabe que no hay respuestas.

Está viajando con los ojos muy abiertos en medio de la noche. El traqueteo regular del micro, que al principio la adormecía, ahora la desvela. Han reducido la intensidad de la luz en la cabina y ella, con la cabeza apoyada contra la ventanilla, escruta la oscuridad sin límite que van atravesando. En algún momento cree distinguir a lo lejos una luz, una luz que se agita y se desplaza sin detenerse.

—Una luz mala... —murmura.

Ha despertado a su vecina, que observa en silencio esa aparición antes de opinar.

—No, m'hijita. La luz mala palpita en su sitio, no corre. Debe ser una Tatá Hujá.

Entiende que su joven compañera, tan blanquita, necesita una explicación.

—La llaman Alma Mula. Así nomás. La mula es estéril porque la engendra un burro con una yegua. El alma de la mujer preñada por un cura y abandonada por él corre de noche por los campos echando fuego por los ojos.

Permanecen en silencio, pensativas, la mirada fija en esa luminosidad sin reposo, hasta que su agitación se pierde en la distancia.

La tarántula salió de la sombra protectora de unos fardos apilados en un galpón junto a las vías del tren. Avanzó bajo un sol enceguedor, vaciló un instante, insegura del rumbo por tomar, y finalmente se dirigió hacia las tres chicas que reían e intercambiaban comentarios en el andén, atentas a la descarga de los cajones de cítricos.

Ella solo sintió un aguijón. Fueron los gritos de sus compañeras los que le advirtieron que una tarántula se había prendido a su pierna izquierda. No gritó, pero sacudió la

pierna con energía hasta que el bicho cayó y otra de las chicas lo aplastó a pisotones. De los tentáculos quebrados goteó un líquido verdoso, el mismo que manchó el zapato de su verdugo.

—Rápido, al hospital —ordenó la más decidida mientras se descalzaba y envolvía el zapato sucio en una hoja de diario.

—En la guardia del hospital te van a hacer esperar hasta que encuentren un médico, casi seguro va a querer cortar donde te picó y te va a dejar una herida —intervino el conductor del camión de descarga, atraído por los gritos y la agitación de ese grupo que le caía simpático: tres tardes por semana se divertía viéndolas recoger naranjas y limones caídos—. Esto es cosa de la Señora, lo arregla en un santiamén. Vamos, las llevo.

Obedecieron sin discutir.

El camión tomó por un camino que ninguna de ellas conocía. La distancia recorrida no era grande, pero a medida que se alejaban de la estación fueron descubriendo, absortas, barrios nunca vistos; finalmente la ciudad se deshizo muy rápido en un despoblado y el borde de la selva se abrió para recibirlos. El camión se detuvo en un claro.

Solo en ese momento, a la espera de algo desconocido, aturcidas por las voces chillonas de pájaros invisibles, infatigables, las tres amigas sintieron una inquietud, un anuncio de miedo. No se veía choza ni refugio, pero en medio de la espesura apareció una mujer y se les acercó. No intercambiaron una sola palabra. El camionero le mostró la pierna donde la picadura empezaba a tomar relieve y color. La mujer se inclinó sobre esa hinchazón y le aplicó la boca.

Ella iba a recordar vagamente, como en un sueño, la succión, un olor fuerte como a crines mojadas por la lluvia que se desprendía del pelo desgredado derramado sobre su muslo, pero ningún miedo, ningún asco. Sintió inmediatamente alivio, desapareció el dolor de cabeza que se había hecho fuerte durante el trayecto, la invadió una sen-

sación de calma, un sopor bienvenido. La mujer despegó su boca de la herida y la frotó con una hoja de pitanga. El perfume vegetal desplazó al olor animal respirado poco antes.

Sus compañeras, más tarde, iban a hablar de una bruja mugrienta, harapienta. Ella admitió que no guardaba ninguna imagen de la mujer.

Ninguna de las tres contó el episodio a su familia.

Volvía a casa haciendo escala en distintos bares donde en otras ocasiones había encontrado al padre.

Anocheecía. Había llegado el momento en que su madre, inquieta, la enviaba en busca del marido que demoraba el regreso al hogar. En uno de los boliches menos sórdidos reconoció una figura solitaria, mirada perdida en una cerveza a medio beber: el profesor que había escuchado disertar en una librería. La luz cruda, quirúrgica, de los tubos de neón delataba los bordes gastados del traje que días antes la había impresionado por su elegancia; la barba rala le pareció descuidada, ya no indicio de anacrónica distinción. Vaciló en acercársele, y cuando lo hizo balbuceó una disculpa.

—No se disculpe, señorita. La reconocí inmediatamente. Una joven linda como usted, de pie al fondo de la librería, no podía pasar inadvertida entre un público de colegas jubilados y empleadas de la dirección de cultura de la municipalidad.

—Esa noche hubiese querido atreverme a preguntarle algo. Usted dijo que le entregaba al público un enigma.

—No es un enigma realmente —el profesor se atoró al reírse—, apenas una hipótesis. Le cuento. Aún antes de que el papa Clemente XIV suprimiera la Compañía de Jesús, ya Carlos III de España había ordenado la expulsión de los jesuitas de los dominios de la Corona, y de paso se incautó de todos los bienes de la Compañía.